

ANA MENDY

Incógnitas policiales
Recuerdos de un policía inquieto y curioso
12. El pesebre

Estas Navidades, las últimas que paso como activo en la Policía, me depararon una sorpresa a la vez tierna, misteriosa y bizarra. El 8 de diciembre, feriado, día de la Inmaculada Concepción y formalmente el inicio del tiempo de Navidad para los católicos, al anochecer, estaba reunido con un grupo de compañeros que me hacían una despedida. Llevo varias y todavía me faltan; no niego que las disfruto, aunque a veces termino un poco melancólico. Ésta fue distinta. Estábamos reunidos, como digo, cuando a un Comisario de la zona de Almagro lo llamaron desde su seccional para hacerle una pregunta urgente. Habló brevemente, no escuché, pero me di cuenta que reprimía la risa. Cuando cortó y se acercó de nuevo a la mesa del bar donde todos jaraneábamos un poco, nos quedamos mirándolo porque ya se reía a mandíbula batiente. Y nos contó: “Miren las cosas que pasan. Hoy es el día en que por tradición se arma el pesebre, ¿no? Bueno, pues en mi zona dos viejas se agarraron y se tiraron de las mechas por un pesebre”. Obviamente la risa fue general; él continuó. “Parece que esta mañana una propietaria puso un pesebre, un arbolito y adornos en el hall, y eso no le gustó a otra que protestó todo el día, hasta que ahora, hace un rato, se encontraron las dos y se trenzaron. El portero finalmente llamó a la policía. Llegó un móvil, pero no pudieron hacer más que citarlas para que fueran inmediatamente a la Comisaria, o se las llevaban detenidas. Quedaron en custodia de una chica inteligente, la Cabo María Teresa Lecon, que siempre ayuda en estas coas. Bueno, ahora están yendo y el oficial sumariante me pregunta qué hacer”. Preguntamos qué directivas había dado, porque realmente el caso se caía de ridículo. “Les dije que hicieran como que tomaban nota, y que les advertían que no volvieran a pelearse. Y le pedí a la Cabo Lecon que vigile el edificio los próximos días, y que consulte con el encargado si hay más problemas”.

Seguimos con la reunión y ya me había olvidado del pesebre conflictivo, cuando hace dos días me llama de nuevo mi colega. “¿Te acordás del caso de las viejas del pesebre? Bueno, aunque no lo creas, la pesebrista murió tres días después del altercado. Parece que tuvo un ataque al corazón, pero María Teresa, la Cabo que te comenté, dice que a ella todo le parece raro. Estuvo preguntando y según ella han pasado algunas cosas raras, aunque no con la otra vieja del litigio. Yo estoy demasiado ocupado y tampoco puedo meterme si el certificado de defunción dice que fue un paro cardíaco. Pero como sé que te gustan las historias raras y por lo visto ella también es adicta, te pregunto si querés hablar con ella, así te cuenta todo y yo me desligo de eso, porque de todos modos no puedo hacer nada”. Sin pensarlo dos veces le dije que sí, soy incorregible.

María Teresa habló varias veces conmigo, incluso vino a verme. Es un poco enredada para contar, pero saqué en limpio lo siguiente: las dos viejas tenían una larga enemistad por cuestiones del consorcio, la pesebrista había sido miembro del Consejo de Administración donde chocaba con otra propietaria amiga de la crítica. Al parecer ese arreglo ya lo había hecho el año pasado y no pudieron conseguir que el administrador ordenara sacar eso y poner el arreglo original del consorcio. La vieja pesebrista vive con su marido en el 3A y la vieja crítica en el 7C. El edificio tiene ocho plantas con tres departamentos por piso, es antiguo pero bien conservado. Su hall es pequeño y María Teresa considera que la crítica, que ahora es también miembro del Consejo con su amiga, tienen razón en que obstaculiza el paso y en cualquier momento alguien va a romper las piezas, que son del consorcio y son caras. La amiga de la vieja del 7C le dijo que la del 3A había pasado la mañana armando a “navidad del subdesarrollo”, a lo que la otra contestó: “sí, mental”, y habló con el encargado y con otro vecino diciendo que, sobre todo, el pesebre más bien pequeño, de mesa, en el suelo era una falta de respeto; ambos prometieron buscar algo para subirlo, pero no hicieron nada. De todos modos la

amiga de la crítica el mismo jueves 8, pasado el mediodía, se fue a pasar el fin de semana largo en un country y la vieja del 7C dijo que por suerte no tendría que verlo porque pasaría las fiestas en la costa, y efectivamente al día siguiente se fue con su marido.

El arreglo no tuvo mucha suerte porque parece que se quemaron las lamparitas de la guirnalda que puso y encima alguien que entró descuidadamente rompió una pieza que el encargado retiró para pegarla lo más cuidadosamente que pudo. Eso al parecer la puso muy enojada.

Pero no fue todo. Según María Teresa pudo averiguar conversando con el portero y lo que él supo por otros propietarios, el viernes 9, cuando la Selección Argentina le ganó a la de los Países Bajos, hubo una pelea a los gritos entre el matrimonio; parece que él es descendiente de holandeses, o hincha de esa selección, el caso es que le discutió lo que ella decía en contra del árbitro; en fin, que estuvieron a los gritos como hasta las dos de la mañana, cuando se callaron porque el propietario de arriba bajó a quejarse. Al día siguiente se enteró de la pieza rota y que el encargado, en vista de que pese a sus esfuerzos no había quedado bien y que el desastre pesebrístico podía repetirse amenazando incluso a la Sagrada Familia, se preocupó porque una ráfaga de viento había hecho volar el cartón que hacía de techo y no estaba muy bien asegurado. No había retirado el pesebre, ni lo había puesto encima de una mesita, porque eso implicaba darle la razón a la vieja del 7C que, aunque ausente, seguía siendo blanco de la furia de la del 3A y él no se quería meter. Pero lo arrinconó más, de modo que todos los personajes, hasta los camellos, quedaron dentro de la casita. La pesebrista se enojó y se fue farfullando, aunque reconocía que el encargado tenía razón en proteger “el pesebre del consorcio para que no tuviera que pagar por otro igual, carísimo”. Esto sucedió el domingo y el portero, como era su día de descanso, hizo mutis por el foro sin mejorar los otros arreglos, como ella le había pedido. Al parecer otro propietario la disuadió de volver a meter la mano en lo que había arreglado, como pudo, el portero. Según parece pasó el domingo a la tarde protestando y enojada con su marido. El lunes a medio día le dio el ataque. Llamaron a una ambulancia que tardó bastante y al fin parece que cuando llegó ya estaba muerta. O al menos lo estaba cuando llegó al hospital y no pudieron reanimarla. Eso se dijo. No se hizo más nada. El “inconsolable viudo” (siempre se dice así) no hizo velatorio formal, y al día siguiente la llevaron a cremar.

María Teresa, que parece ser, como yo, fanática de las novelas policíacas, sospecha que su muerte no fue tan natural como la pintan. Bueno, lo estuvimos charlando. Pese a su encono y a las peleas, la vieja del 7C no estaba, se había ido dos días antes con su marido y en su departamento no quedó nadie. La otra enemiga, la del Consejo, volvió del country con sus padres con los cuales vive, el lunes casi a la noche, cuando ya estaba preparado el crematorio. Como sospechoso sólo quedaba el viudo. ¿La pelea por el árbitro y los “naranja mecánica” podía haber sido tan grave como para que el marido le pusiera algún veneno? La idea del veneno le rondaba a María Teresa y me costó mucho disuadirla. Por fin y para darle el gusto, le sugerí que investigara un poco más su relación con el marido. Se fue contentísima. Y se ocupó a pleno, no sé en qué momento, pero lo hizo. Hoy me acaba de llamar y me dice que averiguó cosas interesantes: que la vieja le deja un seguro muy importante al viudo; que se llevaban mal desde hacía tiempo, él decía que ella se había puesto insufrible; que las últimas tres noches hubo ruidos en el departamento, como de platos rotos o golpes con cosas, en fin, que eso se repetía cada dos o tres horas durante la noche. Evidentemente era difícil dormir, para todos. Averiguó también un dato interesante: el portero le contó que otra vecina había dicho unos días antes, “pobre, parece que le detectaron algo en el corazón en su última revisión médica, pero no quiere decir anda, se le escapó mientras conversaba conmigo”. Y lo último: le comentó el portero, un rato antes de llamarme, que el viudo le había dicho que desarmaba el departamento, cosa que ya había empezado a hacer y que lo ponía en venta; se mudaría a otro lugar, a un apartamento más pequeño pero nuevo, y solamente sus cosas y los muebles que compraría, nada que ver con la vieja muerta.

María Teresa encontraba en este hecho casi una prueba de que el viudo, o bien no quería encontrarse con los otros propietarios ni responder a preguntas, o bien tenía un cargo de conciencia que le impedía vivir ahí unos días más, porque al parecer se mudaba antes de Navidad. No vería más el pesebre insidioso, pensé un poco tontamente.

María Teresa esperaba algo de mi parte. Lo conversamos un poco. Finalmente la contenté diciéndole que, aunque nunca se podría averiguar ni menos condenar al viudo presunto homicida, tal vez realmente el tipo estaba harto y no es que la matara, sino que indirectamente, sobre todo si sabía lo del corazón, la había llevado a situaciones que podían provocarle un paro. Me miró un poco disgustada: “Y ahora que se libró de ella, se va de la casa para desentenderse definitivamente de todo”.

“Es lo mejor que puede hacer” dije yo, dando por finalizada la cuestión.